XV Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

EXITOS, FRACASOS Y RESPONSABILIDADES

Padre Pedrojosé Ynaraja

En el territorio donde dónde Jesús predicó casi siempre, que fue por otra parte en el que creció y trabajó profesionalmente, la gente vivía de la agricultura. Todavía ahora a Galilea se le llama el granero de Israel. El Señor fue artesano autónomo de la construcción, la mayoría de los apóstoles pescadores, uno funcionario y de los demás no conocemos su ocupación exacta. Ahora bien, todos estaban familiarizados con las labores agrícolas. Sus etapas y técnicas, las que ellos vieron, continuaron siendo idénticas hasta hace muy pocos años. Yo mismo, mis queridos jóvenes lectores, hijo de funcionario que lo fui, no obstante, la siembra, la siega, la trilla y el aventado de la mies, fueron actividades que conocí al detalle desde pequeño. Actualmente en cambio, se echan herbicidas previamente, se siembra el grano con maquinaria que hunden las semillas bajo una tierra previamente preparada y acotada, vendrá finalmente la siega mediante cosechadoras que separaran y guardan el grano y empacarán la paja en compactas balas. Todo es tan rápido y tan tecnificado, que la gente ignora estos procesos. Podéis entender el relato, pero no os interesarán los detalles.

Me pregunto yo ahora ¿qué ejemplo, qué parábola os podré explicar que os resulte clara y familiar? Me temo que no acierte del todo o que el relato no os impacte, pero me debo arriesgar.

Hubo un ingenioso e inquieto inventor, que descubrió un día un artilugio que estaba seguro que iba a resultar de gran utilidad general. Su vida eran sus investigaciones y era ducho en ello, pero la manera de que llegaran al gran público sus intuiciones, no la dominaba. Se le ocurrió entonces lo siguiente. Encargó a una imprenta unas hojas que con grandes letras describían su artilugio y pagó a una empresa de reparto, que inundaron los buzones de la población con aquellos anuncios. Nadie respondió, la inmensa mayoría de vecinos los tiraron sin mirarlos siquiera. Como en la población se iba a celebrar una feria, alquilo un stand y se encargó él mismo de atender a los interesados, que esperaba y deseaba se convirtieran en clientes. Unos acudieron curiosos, le escucharon y se entusiasmaron, pero en la próxima caseta, oyendo las excelencias de una tontería, olvidaron de inmediato lo que les había encantado e interesado del innovador buen hombre. Alguien pretendió primero enterarse, para después tratar de asustar al inventor, amenazándole con posibles denuncias, de tal manera que, sintiéndose derrotado, decidió abandonar el proyecto. Pero al atardecer de aquel mismo día, se presentó interesado un hombre experto, aunque no lo pareciese. Solicitó informes, le aconsejó que desmontara su garita y así evitar pagar alquiler por el espacio contratado. Volvería enseguida y le propondría un pacto muy interesante, le dijo.

Se trataba de un empresario espabilado. Estipulada la exclusiva de producción, que de inmediato patentó, fabricó aquel instrumento en grandes cantidades, que se

desparramaron de inmediato por todo el territorio e incluso muy pronto atravesó fronteras.

Y aquel ingenioso e inquieto inventor, a partir de aquel momento se hizo rico y del fruto de su descubrimiento se aprovechó una multitud.

Vosotros, mejor que yo, mis queridos jóvenes lectores, conoceréis historias de estas, en el terreno de la informática o en el de utensilios del hogar. Y no digo más, que de sobras sabéis en qué estoy pensando.

No por nuestra listeza, ni por meritos propios, nos llegó el Evangelio y con él la Gracia. Ambos estrechamente unidos, tienen gran capacidad de salvación. Lo recibimos para nuestro gozo y salud espiritual y para que los propagásemos de inmediato. ¿Cómo hacerlo? Que cada uno estruje su mente, sin desanimarse porque en sus primeros intentos nadie le haga caso. Que tampoco crea que es una labor individual. El Maestro, inmediatamente después de abandonar su tierra y recibir el bautismo de Juan, se hizo encontradizo con algunos y les propuso seguirle compartiendo, sin excluir a mujeres, cosa insólita para aquellos tiempos. Continuó con el mismo proceder, sin desanimarse, pero sí entristecerse, cuando alguien no aceptó su invitación porque las riquezas le ataban o por encargos y faenas que le reclamaban, según ellos pensaban. La misión recibida del Padre quiso que aprovechara a la mayor cantidad posible de personas. Respetó la libertad, pero no se desentendió de nadie.

En muchas profesiones, médico, sicólogo, profesor, por ejemplo, quien la ejerce está disponible, está a la escucha, pero si nadie se le acerca y solicita sus servicios, no se aproxima a él demandando ayuda, se queda indiferente en su sitio. Sus profesiones son servidoras de la comunidad, si alguien las reclama. El cristiano no es así, debe reconocerse, aceptarse y exigirse como apóstol que es y nadie le debe ser indiferente.

Tener una semilla viva, supone el deber de sembrarla y que germine, crezca y con la madera que resulte de la planta o con la fruta que proporcione, salvar a muchos de la inanición, aunque no se hayan enterado.

Espero, mis queridos jóvenes lectores, que el cambio formal que me he atrevido a hacer de la parábola, os ayude para vuestro bien.

Y acordaos del dicho de R Kipling: si tropiezas el triunfo, si llega tu derrota y a los dos impostores tratas de igual forma…